



Los Juegos Olímpicos de Moscú

(Justas, Duelos y Olimpíadas)

Los griegos fueron los cultivadores de la belleza y del arte por excelencia. Hicieron filosofía, tragedia, comedia, escultura, arquitectura, como ningún otro pueblo. También el desarrollo del cuerpo humano, y la belleza física, eran cultivados con entusiasmo: el deporte, los stadiums, formaban parte de su vida normal, que culminaba con la celebración cuatrienal de las olimpíadas, como exaltación del arte y la fuerza, símbolo de la divinidad y del pueblo griego. Los romanos trataron de imitar a los griegos, pero derivaron hacia las luchas de gladiadores en la arena, una degeneración del deporte y del arte, símbolo de un pueblo guerrero y esclavista. Y con la caída del Imperio se acabaron los deportes clásicos, se acabaron las olimpíadas. Pero el deporte no es sólo ejercicio físico, es también diversión y destreza, y hubo que crear un sustituto. La Edad Media, edad de señores feudales y caballeros, inventó las Justas y los Torneos, donde los más esforzados mostraban sus corceles, sus arneses, su fuerza y su habilidad. Siempre los juegos tuvieron público, y partidarios, y bandos, y hermosas mujeres a las que se trataba de impresionar y a las que se dedicaban los triunfos. Son una representación, o una versión civilizada de la guerra.

El duelo también es tan antiguo como la misma humanidad. A pesar de que la sociedad tiene establecidas sus leyes, tribunales y sanciones, muchos pleitos se solventan directamente entre los litigantes, tanto en el pueblo llano como en las élites. Se pretende lavar la ofensa, sustentar el honor, vencer a un rival. El duelo adopta dos formas: individual y colectivo; o se solventan conflictos personales, o conflictos sociales. En estos últimos raras veces se escogen representantes que diriman

por las armas los intereses de sus pueblos (como en el caso de David y Goliat); lo más frecuente es que se desate la guerra total. Pero siempre hay padrinos y testigos que vigilan, que examinan y aprueban las armas, que establecen las reglas; y espectadores que simpatizan, apoyan y aplauden a su preferido; y todo un aparato de apoyo en la retaguardia.

La vida moderna se había vuelto muy aburrida, monótona, mecanizada. La belleza y el arte ya no eran espontáneos, se hacían en serie, como los productos. Las olimpíadas quedaban a milenios de distancia. Había pasado, desde hacía siglos, la época de las justas y de los torneos. El duelo estaba proscrito, aunque se seguía practicando. Las guerras ya no eran ni la ocupación del verano ni el instrumento eficaz para resolver los conflictos. En los períodos cada vez más largos entre guerra y guerra no había mucho que hacer para divertirse y para competir. Es entonces cuando surge el Barón de Cupertín, para resucitar las Olimpíadas olvidadas, e institucionalizarlas de nuevo, cada cuatro años, entre guerra y guerra. Su frase lapidaria: “lo importante no es ganar, sino competir”, se convirtió en el nuevo espíritu que debía alentar el renacimiento olímpico. Y así fue: la mayoría de los competidores y de los países asiste para competir —no tiene chance de ganar—, pero hay unos pocos, los más poderosos, que van a las olimpíadas para ganar.

Los siglos no han pasado en vano, y la historia de la humanidad ha marcado sus improntas. Y las nuevas olimpíadas, inspiradas en los juegos griegos, tienen muchos resabios de Justas, Torneos y Duelos. Es la guerra civilizada, en tiempo de “paz”. Son torneos caballerescos, con arneses y

parafernalia, con damas y espectadores, con fuerza y sagacidad. Son duelos entre individuos y entre naciones, para reivindicar el honor, la supremacía, la ideología, el sistema político y social. Se escogen a los mejores guerreros, a los más jóvenes y ardorosos, para que peleen por su nación individualmente o en equipo. Se adiestran los luchadores solitarios para el boxeo o para cualquier otro sistema de duelo, o los escuadrones y ejércitos para el fútbol, el basketball y las demás competencias en equipo. Hay padrinos y testigos, armas aprobadas, reglamentos, espectadores y fanáticos, y una retaguardia bien articulada.

En 1980 las Olimpiadas serán en Moscú, la capital de una gran potencia. No se trata de un simple deporte, de una competencia; es un torneo político, un duelo de sistemas. Y cada uno de los bandos mueve sus escuadrones, planea sus estrategias, utiliza sus presiones, racionaliza sus intenciones. Estados Unidos decide no asistir, para presionar a Rusia políticamente. Y pondrá como excusa la intervención de Afganistán. Ambas potencias se entienden muy bien en lo económico, y en el reparto del mundo, pero no permiten una variación en la correlación de fuerzas. Y los Estados Unidos exigen a sus ahijados, a sus peones, que no vayan a Moscú; son los padrinos que imponen las reglas del juego político dentro de su esfera de dominación. Algunas pequeñas pseudopotencias, como Alemania Federal o Canadá, y toda la cohorte de dependientes menores, siguen las consignas del padrino; otras, hacen su juego no asistiendo oficialmente, pero enviando sus competidores bajo la tutela del propio Comité Olímpico. Si la Olimpiada de 1980 hubiera sido en Washington ¿qué habría sucedido? Tal vez la URSS no asistiría por el intento fallido de USA en Irán,

o por los acuerdos con China, o por la intervención en El Salvador y en Centroamérica, o por el boicot a Nicaragua, o por la campaña contra Cuba, o por el apoyo a las dictaduras militares del Cono Sur, o por las operaciones en el Caribe. Y también habría cursado las órdenes correspondientes a sus satélites y aliados, y habría presionado para que no asistiesen a Washington. Pero siempre sacarían a la reserva, a la banca, a los juveniles, las pequeñas naciones, insignificantes, que se tienen por independientes, bajo el tutelaje, el patrocinio y las consignas vigilantes de los grandes padrinos, para que se repartan las medallas y para tratar de demostrar que un sistema es superior al otro en el campo político.

Las Olimpiadas no son competencias deportivas, no tienen nada que ver con las griegas; se parecen más a las justas y torneos, o a los duelos, son verdadera guerra en tiempo de paz; a ellas no se va a competir, sino a ganar; es el torneo entre los nobles, el duelo entre los potentados; los pequeños son comparsa, espectadores, tramoya, mascarada. Si se quiere salvar algo del espíritu olímpico, habría que realizar los juegos en países neutrales (¿los hay?), pequeños, sin relevancia; y excluir a los poderosos, que ni siquiera sean espectadores, ni padrinos, ni retaguardia. No se dirimen las diferencias de sistemas de imperios, ni en las pistas, ni en las canchas. La Olimpiada de Moscú ha desmascarado la farsa, y ha enterrado el cadáver momificado que intentara exhibir Cupertín.

S.M